

Debemos entender las palabras de Jesús como un mensaje de fe

“Den al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”

Es necesario saber reconocer el mal, y el pecado tal y como son y no querer justificarlos o relativizarlos, como a veces pretende hacerse

RXIO G. PORTILLO
RAYMUNDO A. PORTILLO
WWW.JESUS-SACRAMENTO.ORG

El mensaje de la liturgia para este domingo, debe ser recibido con un corazón abierto y con la recta conciencia que da la luz de la gracia, ya que de primera mano debemos entender las palabras de Jesús, como un mensaje de fe y no como una norma de urbanidad.

Y es que Cristo no pretende con este evangelio enseñar a los cristianos, un manual de responsabilidad ciudadana, por aquello de “pagar los impuestos”; sino más bien quiere introducirlos en lo que significa elegir por el bien, es decir elegir “por lo que es de Dios”.

Constantemente los creyentes nos enfrentamos a la misma tentación de Jesús, y no por una simple pregunta insidiosa, sino por las situaciones en el trabajo, en la casa, y en la vida misma, en donde se nos invita a permitir el mal y el pecado, bajo ciertos parámetros reduccionistas.

“Dar al César lo que es del César”, significa saber reconocer el mal y el pecado tal y como son, no querer justificarlos o relativizarlos, como a veces pretende hacerse en algunos casos: como el aborto, la eutanasia, el libertinaje sexual, el robo, la mentira, entre otros.

Mientras que “Dar a Dios, lo que es de Dios”, significa optar por el bien, realizarlo y practicarlo muy a pesar de ser catalogados como pasados de moda, arcaicos, ignorantes y hasta como tontos, beatos y rezanderos.

Dar a Dios lo que es de Dios, significa, optar y creer en la paz, en el amor, en la libertad con responsabilidad, es creer en la alegría verdadera, en la esperanza que vence el mal, es ser al fin de cuentas discípulos de un mundo mejor, en donde la antorcha del amor y el perdón brille a pesar de la aparente oscuridad.

Ojalá que este domingo después de haber leído este mensaje, hagamos lo que dice el Evangelio, demos al mundo lo que es del mundo, y optemos por el camino del bien y el amor; así, solamente así daremos a Dios, lo que es de Dios.

Segunda lectura

Tesalonicense 1, 1-5

Pablo, Silvano y Timoteo deseamos la gracia y la paz a la comunidad cristiana de los tesalonicenses, congregada por Dios Padre y por Jesucristo, el Señor. En todo momento damos gracias a Dios por ustedes y los tenemos presentes en nuestras oraciones. Ante Dios, nuestro Padre, recordamos sin cesar las obras que manifiestan la fe de ustedes, los trabajos fatigosos que han emprendido su amor y la perseverancia que les da su esperanza en Jesucristo, nuestro Señor. Nunca perdemos de vista, hermanos muy amados de Dios, que Él es quien los ha elegido. En efecto, nuestra predicación del Evangelio entre ustedes no se llevó a cabo solo con palabras, sino también con la fuerza del Espíritu Santo, que produjo en ustedes abundantes frutos.

Evangelio

(Mateo 22, 15-21).

En aquel tiempo se reunieron los fariseos para ver la manera de hacer caer a Jesús, con preguntas insidiosas, en algo de que pudieran acusarlo. Le enviaron, pues, a algunos de sus secuaces junto con algunos del partido de Herodes, para que le dijeran: “Maestro, sabemos que eres sincero y enseñas con verdad el camino de Dios, y nada te aterra, porque no buscas el favor de nadie. Dinos, pues, qué piensas: ¿Es lícito o no pagar el tributo al César?” Conociendo Jesús la malicia de sus intenciones, les contestó: “Hipócritas, ¿por qué tratan de sorprenderme? Enséñenme la moneda del tributo”. Ellos le presentaron una moneda. Jesús les preguntó: “¿De quién es esta imagen y esta inscripción?” Le respondieron: “Del César”. Y Jesús concluyó: “y a Dios lo que es de Dios”.

De Isaías (45, 14-6)

Así habló el Señor a Ciro, su ungido, a quien ha tomado de la mano para someter ante Él a las naciones y desbaratar la potencia de los reyes, para abrir ante Él los portones y que no quede nada cerrado: “Por amor a Jacob, mi siervo, y a Israel, mi escogido, te llamé por tu nombre y te di un título de honor, aunque tú no me conocieras. Yo soy el Señor y no hay otro; fuera de mí no hay Dios. Te hago poderoso, aunque tú no me conoces, para que todos sepan, de oriente a occidente, que no hay otro Dios fuera de mí. Yo soy el Señor y no hay otro”.